



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 64 – 31 de Octubre de 2015

ESPECIAL

José Antonio, hoy (6 de 6)

1. Acto político de Afirmación Nacional, *Javier Compás*
2. Los secretos legisladores del mundo, *Antonio Rivero*
3. 29 de Octubre de 1933, fundación de la Falange Española 19 de Abril de 1937, final de la Falange Española, *Jorge Juan Perales*
4. Teatro de la Comedia, octubre 2015, *Juan Ramón Sánchez Carballido*
5. Teatro de la Comedia: reformas para mantener la estructura, *Norberto Picó*
6. A modo de despedida, por hoy, *Emilio Álvarez Frías*

Acto político de afirmación nacional

Javier Compás

La Historia, como el río de Heráclito, nunca nos ofrece el mismo escenario, bien es verdad que parece que se repiten hechos y circunstancias, que el Hombre, tozudo y olvidadizo, tropieza continuamente en la misma piedra y repite los mismos errores, conflictos que se enquistan y que, una y otra vez, provocan crisis semejantes. Pero la realidad es que cambian los tiempos, los personajes y las circunstancias, por ello debemos enfocar los problemas de hoy con soluciones de hoy, claro que, con los sólidos pilares de haber aprendido precisamente en esa Historia, a no repetir errores y a dar nuevos caminos alternativos a los que en su día no dieron frutos.

Aplicado a España es indudable que no estamos en el país que conocieron nuestros paisanos en los años treinta del siglo XX, pero no es menos cierto, que muchos de los problemas que hoy nos acucian vienen dados y circunstanciados por lo que antaño pasó. El presente es el resultado del pasado y España no es ajena a ello, y en ese pasado, en los aciertos y errores de antaño, podemos encontrar claves para proponer las soluciones de hoy. Teniendo en cuenta que muchas cosas han cambiado, aunque las esencias permanezcan.

El surgimiento de un personaje como José Antonio Primo de Rivera en la España actual no solo sería deseable, es una necesidad que equilibraría el panorama político de la nación. La España surgida de nuestra guerra civil aún marca la actuación de los políticos que, 76 años después de acabada la contienda, siguen basando muchas de sus actuaciones en aquella época. Es la izquierda más radical, la que mayormente está aún marcada por el conflicto, una izquierda radical que asume ser la heredera legítima del bando perdedor de la guerra y que reclama la vuelta a la situación previa a Julio de 1936, considerando todo el régimen de Franco e incluso la llamada Transición, como un negro paréntesis totalitario cuya memoria hay que borrar de la historia de España.

Por tanto, la consideración por parte de la izquierda de que la IIª República española era el estado legítimo, con sus luces y sus sombras, al que debería volver España, choca con la palpable realidad de que en el país han pasado muchas cosas, y no todas malas, desde 1936 hasta 1982, año este último en el que el Partido Socialista gana la elecciones generales. Ante ello, la derecha actual, avergonzada de sí misma, desprecia también la España del 18 de Julio y no duda en condenar, con la boca pequeña y a pesar de muchos de sus simpatizantes, el régimen anterior.

Todo esto no pretende reivindicar por mi parte, ni a la IIª República ni al franquismo, simplemente dejar patente que 2015 no es 1933, ni mucho menos. España ya no es un país de analfabetos, con un campesinado pobre y explotado, el obrero accedió a una clase media que le ha reportado años de cierto confort y calidad de vida desconocida en la primera mitad del siglo XX salvo para una minoría privilegiada. A ello no solo ha contribuido la evolución política económica, también los avances técnicos, médicos, industriales, etc., que, de manera vertiginosa han ido progresando en las últimas décadas.

Bien es verdad que el neo liberalismo capitalista, abanderado por los poderes financieros que han propiciado una globalización uniformadora, están haciendo retroceder en nuestros días los logros laborales que la lucha obrera consiguió en muchos años de conflictos con las patronales. Los convenios colectivos han sido arrasados por la filosofía individualista que separa a los



trabajadores con el caramelo del «hombre hecho a sí mismo» a la manera norteamericana. Sueldos, jornadas laborales y otras ventajas, ceden terreno ante esa arma arrojadiza que lanza el capitalismo llamada competitividad. La explotación sin tapujos de mano de obra barata en el tercer mundo está condenando al trabajador occidental al empobrecimiento, al subsidio y al relegamiento a puestos laborales enfocados mayoritariamente en los servicios.

La aparición de un líder como José Antonio Primo de Rivera en la España de 2015, teniendo en cuenta todo lo expuesto en los párrafos anteriores, sería un soplo de aire renovador en el ambiente político español. Desde la muerte de Franco, el mismo sistema democrático que se estaba forjando trató, y consiguió con éxito, integrar a la mayor parte de las fuerzas más críticas con los nuevos tiempos, falangistas, carlistas, franquistas, en los nuevos partidos creados. Tanto UCD como Alianza Popular, integraron en sus filas a políticos del anterior régimen que, en definitiva, tampoco habían tenido mayor reparo en ir adaptando el franquismo a los nuevos tiempos. Así, las mismas fuerzas de orden público, fueron aleccionadas en desactivar lo que podríamos llamar el «mundillo ultra» poniendo en ello tantos recursos como en

combatir al terrorismo de extrema izquierda y separatista. Un residuo de irreductibles acabó derivando en una serie de mini partidos donde, plagados de simpatizantes más añorantes de viejos tiempos y maneras que de visión de futuro, vegetan en un mundo marginal calificado por la mayoría como extremista cuando no de ese término tan actual de «friki», con alguna excepción que, por falta de recursos materiales y humanos, cuando no de cierta carencia de imaginación y audacia (porque no quiero pensar en el conformismo) no sale de su ínfimo reducto familiar.

El surgimiento de cualquier movimiento basado en las doctrinas que José Antonio y los fundadores del nacional sindicalismo español, encontrará la marginación mediática, como de hecho así sucede, puesto que, a pesar suyo, serán identificados con el «fascismo», insulto tan de moda que lo mismo sirve para un roto que para un descosido pero que, en el caso de los que se identifican con modos e imágenes de ese pasado, les estigmatiza para jugar en el tablero socio político actual. La izquierda, más pragmática, ha sabido no solo hacerse perdonar sus errores (crímenes) sino que aparece ante la sociedad actual como depositaria de unos valores superiores que la legitiman para seguir trabajando con éxito por sus fines, a ello han contribuido en buena medida una legión de «intelectuales» que, desde posiciones normalmente acomodadas en el confort más burgués, juegan a ser anti sistemas dentro precisamente del sistema que les proporciona su acomodado estatus.

Algunos han querido ver rasgos «joseantonianos» en nuevos líderes como Albert Rivera o el mismo Pablo Iglesias. Y es que precisamente una síntesis de ambos, bien construida, podría ser una verdadera aproximación a los presupuestos que el fundador de Falange Española esbozó en el discurso que el 29 de Octubre de 1933 pronunció en el teatro de la Comedia madrileño. En definitiva se trataría de construir un nuevo partido, sí, partido, aunque la premisa fundamental de José Antonio fuese el anti partido, que aunara la búsqueda de la Justicia Social dentro de un movimiento que no renunciara al patriotismo y a las esencias espirituales de «lo español».

Si un nuevo José Antonio ocupara una tribuna hoy día para presentar ese nuevo movimiento, no tendría que ser demasiado infiel a los puntos expuestos en su origen, aunque sí se acomodaría a la situación actual, no en balde fue José Antonio mismo un pragmático que no dudó en utilizar ciertos vehículos políticos para sentarse en el Parlamento español.

Así, José Antonio podría apelar de nuevo y con razón a esa transversalidad política que ya declaró en su discurso. Por una parte denunciar las estériles luchas a las que el estado liberal obliga a los políticos en su pugna por el poder y en el mantenimiento de sus cargos, en el tiempo dedicado a adular a las masas intentando adecuar su discurso a las modas sociales y supeditados a las trabas que les impone el poder económico. Por otra parte, denunciar el discurso sin espíritu y anti español de una izquierda que, en su revanchismo y caduca lucha de clases, se afanan por derribar lo que la derecha construye sin resolver los verdaderos problemas de la mayoría de ciudadanos, confundiendo la unidad y los símbolos de España con ese poder capitalista liberal al cual aparentan enfrentarse.

Por tanto, ni derechas ni izquierdas, pero el matiz diferenciador con movimientos que han querido tomar esa bandera actualmente sería la espiritualidad, o sea, los valores morales. Aquí tenemos que tener en cuenta que se corre el riesgo de caer en un nuevo «nacional-catolicismo», lo cual es un error frecuente en los partidos marginales más arriba mencionados. No es eso, el Estado debe diferenciar entre el poder temporal y el espiritual y no mezclarlos. Bien es cierto que un movimiento fiel a los principios expuestos por José Antonio, debe tener en cuenta las raíces espirituales de nuestra nación y su condición de nación europea germinada en el catolicismo.

Un José Antonio del siglo XXI debería adecuar su discurso a la realidad actual, donde las condiciones de una reforma agraria o la total estatalización de la banca y la industria no serían viables, así como tampoco lo sería la pretensión de una supresión del sistema democrático actual, al menos en una primera fase. Adecuar una tercera vía alternativa a la democracia liberal y al totalitarismo marxista es una labor titánica que requeriría años de trabajo cultural para los que, hoy por hoy, la sociedad no está preparada. José Antonio, en 2015, podría volver a decir, por qué no, que su movimiento no es simplemente político, sino una manera de ser, una actitud de servicio y sacrificio, pero eso requerirá aglutinar a un gran grupo de hombres y mujeres buenos que antepongan el bien común al medro personal y, en mi modesta opinión, es por aquí por donde naufragan las grandes ideas, por la condición egoísta del Hombre.

La síntesis indivisible de la patria entendida como una unidad total de individuos y de clases empeñados en un destino común es una cuasi utopía de difícil logro dada la relatividad

imperante en nuestra sociedad actual. Lo cual no significa que debamos renunciar a ello. Cuanto más alto sea el objetivo y más luchemos por ese objetivo más cerca nos quedaremos de él.

José Antonio, hombre carismático, culto e inteligente, generoso y luchador abnegado, podría tener hueco en un mundo actual donde lo que prima es la imagen. Se hace necesario el abandono de la retórica barroca, de la prosa «imperial», de los gestos «machos», para dar cabida a nuevas formas que trasladen el mensaje envuelto en contemporaneidad. Los comunistas supieron hacerlo y la vuelta en los últimos meses a radicalismos pretéritos los está abocando a ser sustituidos por nuevas maneras como son las de Podemos, quizás un bluf que se desinfla, pero que han sabido leer perfectamente los vehículos en los que llegar a la masa. También lo ha hecho Ciudadanos, trayendo cierta frescura que los está posicionando como una opción cierta de poder.

Falange Española nació envuelta en un movimiento total que abarcaba no solo innovaciones políticas y económicas, también cultura, arte, literatura vanguardista en su época, sin embargo, ahora se pone como ejemplo de arcaísmo político y maneras superadas. No me cabe la menor duda de que José Antonio estaría cercano a las nuevas sensibilidades y propiciaría un partido político actual, en sintonía con muchos que se sienten huérfanos políticamente y que se aferran a «males menores» a falta de alguien que les represente. Todo ello sin renunciar a unos principios innegociables y sin los que perdería su razón de ser, entre ellos, la unidad de España, el valor supremo de la espiritualidad individual de las personas y la justicia social.

Los secretos legisladores del mundo

Antonio Rivero

Filipo de Macedonia tuvo un hijo que lo eclipsaría. Así sucedió con otro general y gobernante, Miguel Primo de Rivera: su hijo José Antonio fundó la Falange Española (basada en las falanges macedonias) y, amante de los clásicos y de la lira, como Alejandro Magno alcanzó la categoría de mito. Carlos García Gual señala en su introducción al Pseudo Calístenes cómo alrededor de la figura de Alejandro se mezclaron pronto realidad y mito; lo mismo sucedió con el político español, y a él son también aplicables las palabras que Amin Maalouf dedicó al caudillo heleno y de las que se hace eco Gil Pecharromán, el mejor de los recientes biógrafos del creador de la Falange: «El tiempo no es más que un tonel donde fermentan los mitos, el de Alejandro más que cualquier otro, y sobre todo en Mesopotamia. Esa tierra le había sepultado joven y joven le había conservado, como un eterno novio sin arrugas, y el número de sus años, treinta y tres, había permanecido como la edad de la inmortalidad».

José Antonio y su movimiento fueron amantes de lo clásico, pero no dejaron nunca de ser románticos o neorrománticos. Bronco y fino, prosista espléndido, el falangista Rafael García Serrano escribió en 1935 (antes, pues, del fusilamiento del jefe) esta suerte de profecía: «Crearemos una nueva mitología que esta vez será romántica hasta el fin». Y así fue: en torno al «ausente» se creó una leyenda, a menudo hagiográfica, y se lo utilizó abundando en el mito a la par que se olvidaba su logos, sus palabras, críticas con la derecha como con la izquierda, con la injusticia, con el nacionalismo («una pura sandez», aunque fuera español).

Ningún poeta inglés se confesaría hoy discípulo de Shelley, el romántico y revolucionario idealista, ya algo desfasado. Ningún político español se declarará hoy seguidor de José Antonio, idealista como aquél, también romántico y revolucionario a su modo. Shelley acuñó esa frase exagerada con la que José Antonio no podría haber estado más de acuerdo: los poetas son los secretos legisladores del mundo.

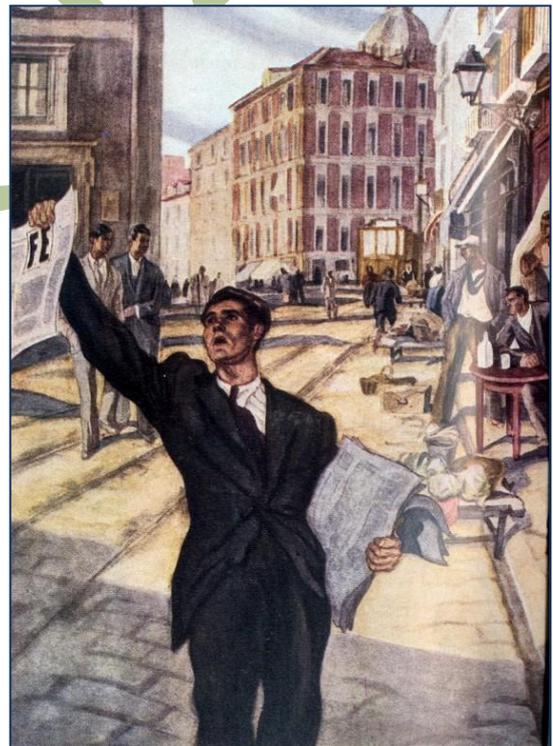
Rafael Inglada, responsable de la edición de los 11 poemas del fundador de la Falange, repara en la multiplicidad de facetas de la vida de José Antonio, y señala la importancia de «su producción poética, de la cual sus más allegados amigos tuvieron siempre constancia, pero que él solamente,

y esto hay que tenerlo en cuenta, tomó como un juego íntimo, ordenando incluso la destrucción de, junto a algunos de estos textos, otros papeles particulares». Como no podía ser de otra manera, Inglada antepone a su introducción la conocida frase del discurso fundacional de la Falange, en el que José Antonio afirmó, como Shelley, que «a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas».

Las más de esas composiciones son poemas de circunstancias, pero entre ellas destacan los más de cien versos de «La profecía de Magallanes», un poema épico escrito a los dieciocho años y que sorprende por su calidad formal, antónimo, en su seriedad, de un jocoso poema de temática parecida del joven Eliot. Un soneto en alejandrinos de un año más tarde (1923) lo es de amor, y trae en sí los ecos de un tango a lo Gardel (otro desaparecido apuesto y engominado): «se mancharon los lirios y se ajaron las rosas, / y dejó cada invierno su rastro de dolor. / Pero el rosal de antaño que muerto parecía / está tan arraigado, tan hondo todavía / que entre sus ramas secas aún brota alguna flor». Otro soneto comparte la hidalguía nostálgica de un Foxá o un Sánchez Mazas, también falangistas. El humor y la bonhomía cordial recorren muchos versos.

Todos sus poemas que nos han llegado son anteriores a la Falange, pero aún en tiempos de ésta José Antonio gustó de dar un tono poético a sus discursos, y ello tanto en el contenido y su imaginería romántica de luceros, etc., como en la prosodia. El citado discurso del Teatro de la Comedia está trufado de versos vestidos con el uniforme de faena -azul mahón- de la prosa, mas no por no estar separados en líneas son menos endecasílabos o heptasílabos: «y, ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!». Igualmente, el último párrafo del discurso se puede escandir como una sucesión de versos métricamente perfectos. De ahí en parte su memorabilidad, con independencia de los postulados que defiende y con los que cada hijo de vecino podrá o no estar de acuerdo.

El jefe de la Falange fue un admirador de García Lorca, con quien llegó a entrevistarse a solas (el crítico García Posada recuerda cómo intervino para atajar los ataques de la Falange a La Barraca). Quiso atraer hacia su movimiento a Unamuno (que acudió a un acto suyo en Salamanca). En sus tertulias polemizó sobre la poesía de Lope y la de Garcilaso, y aglutinó a jóvenes escritores. No se perdonará nunca a Manuel Machado su soneto a José Antonio, pero recuérdese que éste había participado diez años antes en un homenaje a los hermanos Machado. Las películas que recomendaba a sus camaradas también tenían una conexión literaria: *El delator*, basada en una novela de Liam O'Flaherty, y *Tres lanceros bengalíes*, que hacía lo propio con un relato de Kipling. De éste era también su poema de cabecera: el célebre «Si...».



Buen versificador, ríspido a veces, podría haber llegado a ser un excelente poeta: prefirió sin embargo poner al servicio de sus ideas una prosa elegante y exacta, que bebe de Ortega y con la que otros, como Aquilino Duque, han reconocido a su vez una importante deuda. Que tuvo un estilo lo demuestra el gran número de imitadores y plagiarios, los clichés que se perpetuaron en la pose de un Régimen que conservaría sólo lo más exterior de su legado, incluyendo la huera repetición de la palabra «estilo». Uno echa en falta en la colección de sus versos la letra del himno «Cara al sol», del que fueron artífice colectivo él y varios correligionarios suyos, una arenga musical que nació como una renga (ese poema escrito por muchas manos tan del gusto, décadas después, de Octavio Paz y Charles Tomlinson).

Sin duda, se trata de una de las figuras más sugestivas de la II República, y de una manera u otra

sigue vigente hasta hoy. Ya va siendo hora de que la realidad se sobreponga al mito, y para ello nada mejor que leer su pensamiento, transparente pese a las contradicciones de su constante evolución y falta de sistematicidad en unos escritos tantas veces sorprendentes y que hacen que los colores de su bandera, el rojo y el negro, sean a veces, más que un título de Stendhal, una aproximación al anarcosindicalismo y a ese otro gran olvidado barrido por las derechas y las izquierdas, Ángel Pestaña.

29 de Octubre de 1933, fundación de la Falange Española 19 de Abril de 1937, final de la Falange Española

Jorge Juan Perales

Todo lo que vino después –en cuanto a las falanges oficiales del Régimen franquista o Movimiento Nacional– fue arrebatado y tergiversado de forma burda, zaina y alevosa a la Falange Española que José Antonio Primo de Rivera presentó a España y al Mundo el 29 de Octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia de Madrid con «lleno hasta la bandera».

Con aquel «escuetalemente gracias» con el que comenzaba su discurso, José Antonio marcaba el estilo del Movimiento Político que se fundaba en ese acto. Directo hacia la búsqueda de la verdad; a la consecución de las más altas cotas de Justicia Social; a desmontar el sistema capitalista-liberal que relativiza los valores sometiendo al factor Trabajo al Dinero, dando a cambio una falsa democracia en la que solamente se participa con el voto cada cierto tiempo, siendo obviado cuando no interesa a los poderosos que controlan a los partidos políticos mayoritarios de turno; reconociendo como justo la aparición del socialismo, pero denunciando su materialismo, su actitud disgregadora, su fomento de odios y separaciones, su actitud de destrucción de la sociedad avivando las luchas de clases, sometimiento a los hombres, al fin, a un capitalismo de Estado.

En ese panorama político y social de la España de los años 30 del siglo xx, José Antonio levanta la bandera de la ilusión y de la esperanza, de la Justicia y de la Libertad, del Trabajo y del Esfuerzo, de la Patria y de la Verdad. Busca soluciones revolucionarias e innovadoras para evitar la tragedia que ya presagiaba, que terminaría en el peor de los escenarios, en la guerra fratricida entre españoles –que él intento parar hasta el último minuto– y en su propia muerte ante un batallón de fusilamiento tras un juicio cuyo veredicto estaba previamente dictado.

El mundo en el que le tocó vivir a José Antonio y a su generación estaba según sus palabras en «ruina moral». España, «dividida por todos los odios y pugnas», sufría una evidente pérdida de identidad. José Antonio y sus amigos buscan y encuentran en la «humildad» de las gentes del campo en los pueblos de España, la grandeza del español de siempre, de la España eterna; la elegancia del español rústico, que a pesar de ser torturado por los pequeños caciques locales, no perdía su gesto de trabajador abnegado, donde no permanecía ocioso, donde todavía se asombraba de la «fecundidad que estalla en los pámpanos y en los trigos». José Antonio sueña, así lo dijo en el Teatro de la Comedia, con un pueblo español, señor de sí mismo, «que no sea esclavo de un interés de grupo ni de un interés de clase». Por esto, José Antonio, que asume lo bueno que de justo y de bueno tienen las derechas y las izquierdas, proclama que el Movimiento que hoy nace «No es de izquierdas, ni de derechas» –y ni mucho menos de extrema derecha o de extrema izquierda, me permito añadir yo– «nuestro Movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo, o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas». José Antonio pretende Unidad en valores permanentes que proyecten a la Patria, a todos –en este sentido totalitario– a una empresa cuyo destino sea el bien para España, para sus hombres, aportando grandeza al Universo de la Humanidad, a la libertad del Hombre y de las Patrias. El Estado, será solo un instrumento de servicio, –aquí José Antonio se aleja nítidamente de los totalitarismos, de los Estados fascistas y comunistas– autoritario, que no dictador, para esa Patria irrevocable, para esa Unidad permanente –en valores– valores que no estén

sometidos periódicamente a cambios sino que sean Normas de Ley Moral Natural e Inmutables. Aquí la crítica a Juan Jacobo Rousseau, «desde que se publicó el Contrato Social, dejó de ser la verdad política una entidad permanente». Rousseau, «Vino a decirnos que la Justicia y la Verdad no eran categorías permanentes de Razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad». La Verdad o la Justicia sometida a las decisiones de grupos, de urnas, de dictadores o de conciencia personal. ¿Qué es entonces la Verdad? ¿Qué es justo y que no lo es? Hasta entonces se podría trasgredir la Verdad o cometer actos injustos, pero nadie dudaba que aquéllo estaba mal y en dónde estaba el bien. José Antonio reivindica en el Teatro de la Comedia la vuelta a la Ley de la Verdad y de la Justicia para que el Hombre conquiste la Libertad que el liberalismo y el socialismo-comunista le arrebatava. Para que la Patria sea libre, encuentre su misión y facilite la



trascendencia de cada hombre y cada pueblo. Tanto el liberalismo como el socialismo-comunismo venían a sustituir, adueñándose de las almas, la libertad del hombre para decidir su salvación o condena. José Antonio pide más respeto a la libertad del Hombre, no solamente del hombre español, sino del Hombre Universal, «porque solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse o de salvarse».

José Antonio desde la fundación de Falange Española reconoce la diversidad de los pueblos de España. Lo que José Antonio pide, lo que la Falange joseantoniana desea, es que estos pueblos con sus diversidades se armonicen en una misión, que encuentren o mejor que reencuentren juntos su destino, su sentido total (de todos) de la Patria, que defiendan y actúen como una Unidad, que esa

entidad de Unidad Patria se llame España como ha sido históricamente, que juntos aporten al Mundo ideas y bienes que beneficien al progreso del Hombre Universal, alejados de cualquier tentación nacionalista. Dijo José Antonio en el acto fundacional «Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino». «La Patria es una síntesis trascendente» dijo en otro momento de ese mismo acto. Qué lástima que, muchas veces, el autor de este artículo constatae cuán confundidos, a veces por ignorancia y otras por afán de tergiversación, están de estas ideas, no solamente los españoles, sino algunos de los que de alguna manera se dicen falangistas, seguidores de José Antonio Primo de Rivera.

Una frase, sonó con contundencia, desde la tribuna del escenario del Teatro de la calle del Príncipe de Madrid, a saber: «Que desaparezcan los partidos políticos». Es una afirmación rotunda, a la vez que un deseo, un grito desesperado ante tanta división, enfrentamientos, corrupciones y mentiras que poco benefician al pueblo al que dicen representar. José Antonio veía en ellos la lucha egoísta de intereses que solo pretendían el voto del pueblo, para manejarlo a su antojo, en pugnas partidistas olvidándose al día siguiente de los votantes después de ser llamados a las urnas. «Hoy no nace un partido, más bien un antipartido». Aquí otra diferenciación con los regímenes totalitarios de la dictadura del Partido Único, al modo fascista o social-comunista y una crítica feroz a las democracias de corte liberal-capitalista. Falange Española propone una sociedad libre de partidos, incluso el suyo, es más, el suyo menos que ninguno, pues no cree en ellos, como forma de participación política, aunque se vea obligada a ello para poder darse a conocer por los cauces de la legalidad de la vida política civilizada.

José Antonio ofrece una sociedad organizada democráticamente por medio de las unidades naturales de convivencia. «Nacemos todos en una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio del trabajo». Si no fuera por el manoseo-engañoso que nos deparó el sistema político, no falangista joseantoniano, que se impuso al acabar la guerra civil española, escucharíamos estas propuestas con más apertura y asombro positivo, como ideas de vanguardia para una organización del Estado que elimine la artificialidad de los partidos políticos, verdaderas máquinas totalitarias dictatoriales, perniciosas para las sociedades a las que pretenden gobernar o gobiernan.

Falange Española, nace en unos tiempos convulsos e inestables, tanto en España, en Europa o en el Mundo, que venía de librar la primera Guerra Mundial, estaba en la antesala de la segunda, y entre una y otra, a los escasos tres años de este acto del Teatro de la Comedia, España se enfrentó a sí misma en una de las más terribles Guerras Civiles de su historia. La violencia estaba presente en todos los estamentos de la sociedad, tanto civil como militar. José Antonio, hizo mención a ella en el discurso fundacional, sabía que no podía obviarla, aunque no la deseaba, tenía que mandar un mensaje de fortaleza si quería sobrevivir en aquella maraña política y social. «No nos detendremos ante la violencia cuando falle la dialéctica como primer instrumento de comunicación». Cuando seamos atacados por ella (con violencia), o sea atacada la Patria y la Justicia (con violencia), responderemos en defensa, solo así utilizaremos la violencia, nunca como estrategia política. La Falange Española tuvo que soportar la violencia, la provocación y enterrar a once hombres de sus filas, -no siendo escuchada ni amparada, amparo solicitado a las autoridades por todos los medios posibles, denunciado por el mismo José Antonio en el parlamento- asesinados la mayor de las veces por la espalda, antes de responder con violencia para defender sus vidas, la Patria y la Justicia.

José Antonio, dejó, como suelen hacer los buenos oradores que tienen ideas, mensaje sustancioso, para ofrecer a sus oyentes; dejó, para el final de su discurso fundacional de la Falange Española, la esencia del ser del nuevo Movimiento que nacía, «que no es una manera de pensar tan sólo» es una actitud ante la vida, es el espíritu de servicio y sacrificio. Es la renuncia a las prebendas y a los privilegios. Es la conquista de la igualdad entre los «poderosos y los humildes». Es la poesía hecha Justicia y Verdad. Es la trascendencia espiritual libremente transitada. Es el deseo de una vida humana, justa y digna para sí y para cada miembro de la comunidad por el hecho de serlo. Es la verticalidad constructiva de un hombre nuevo, que se levanta alegre en cada amanecer, contribuyendo con su trabajo al afán diario de su Patria, de España para los españoles, con sacrificio, con renunciaciones, vigilante, seguro del triunfo, con fe de victoria de la Justicia y de la Verdad.

El sueño personal de José Antonio acabó en el patio de la cárcel de Alicante, asesinado, por la sin razón de su tiempo, el 20 de noviembre de 1936. La vida política de la Falange que fundara terminó el 19 de abril de 1937 con el Decreto de Unificación impuesto y firmado por Franco, dando lugar a una nueva organización, que con la envoltura, los símbolos, la vehemencia de los falangistas sin jefe fundador, cuando no traición, desarrolló una política distinta en cuanto a los objetivos finales, no capitalistas ni social-comunistas, propuestos por José Antonio y la Falange Española que él fundara en el Teatro de la Comedia de Madrid. De esta manera su pensamiento, su ideología, permanece inédita, sin haber sido probada en su totalidad; nunca hubo una sociedad organizada en los principios falangistas joseantonianos completos y verdaderos.

Todos los intentos, que desde los primeros tiempos de la promulgación del Decreto de Unificación, han realizado los falangistas auténticos, para recuperar, limpiar y proseguir la revolución puesta en marcha por José Antonio Primo de Rivera han fracasado hasta el momento. «La bandera esta alzada» dijo en su discurso. Fue robada y mancillada. Ocultada y tergiversada. Por todos los medios han pretendido enterrarla. Está a la espera, vendrán a levantarla los poetas, los hombres dispuestos a vivir en una sociedad de hombres libres. Los libertadores justos de los nuevos tiempos. Las personas que con los pies en la tierra sean capaces de mirar al Cielo. Los hombres que desde su dignidad imaginen una humanidad de hombres alegres y solidarios, que con FE miren a las estrellas, en la noche clara. La juventud hambrienta de Pan,

Patria y Justicia. El pueblo que sienta la necesidad de vida, de comida y libertad del alma, para ser dueño de su destino.

Termino, no sin antes traer aquí, dos ideas que encierran la esencia de la propuesta joseantoniana desde sus comienzos. «El laconismo militar» y el «espíritu religioso» «de nuestro estilo». Quién entienda militarismo, o fanatismo religioso en estos enunciados, debería reflexionar poniendo en duda sus capacidades comprensivas de todo el cuerpo doctrinal que José Antonio Primo de Rivera y su Falange Española, desarrolló en sus poco más de tres años de existencia. La austeridad, el rigor, el estilo directo, valiente y abnegado, combinado con la grandeza del servicio, el sacrificio, la fe, la misión y la generosidad; encaminado a la consecución de metas trascendentales de valores nobles para el bien de los hombres y de los pueblos, son modos de vivir que marcan la ética y el estilo, que elevan al hombre, a los pueblos y a las patrias a la supremacía de lo espiritual. Valores que históricamente se han dado en los más altos grados en lo militar y en lo religioso. José Antonio los quiere también para la sociedad civil, para cada hombre y pide que los seguidores de su Movimiento los asuman como carácter y modo de vivir, libremente aceptados. Además estaban y han estado siempre en las entrañas de España y en lo Hispano. Después de ochenta y dos años la bandera sigue alzada.

Teatro de la Comedia, octubre de 2015

Juan Ramón Sánchez Carballido

Falange Auténtica

De pronunciarse hoy, a tenor del momento crítico que atraviesa España en este octubre de 2015, hay razones para sostener que el discurso fundacional de José Antonio en el Teatro de la Comedia de Madrid podría haber girado en torno a una sola idea: «que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino».

Sentirse armonizados es casi una perífrasis amorosa. No hay en ella viso alguno de imposición, de restricción, de subordinación, mucho menos de violencia. Apunta hacia una decisión esencialmente libre: no existe forma de ordenar o de decretar una armonía entre las partes. Se



da o no se da. Y, de darse, lo hace de manera natural, espontánea y, sobre todo, abierta. Toda impaciencia o exigencia sobre ella acaba por quebrar su íntima fragilidad. Por eso, el propio José Antonio rectifica su inicial punto de vista sobre las bondades del Estado totalitario en un documento fundamental de marzo de 1935, donde se decanta abiertamente por el Estado de dimensiones muy reducidas.

La cuestión radica, entonces, en develar la fórmula que permita a todos los pueblos de España sentirse en íntima armonía. Y aquí nos asalta una segunda dificultad: los pueblos, ¿pueden armonizarse entre sí? La

respuesta es, obviamente, negativa. Son los hombres, las personas, quienes sienten, quienes aman. La armonía es una categoría radicalmente humana. Trasladar esa cualidad intransferible a entidades abstractas –como «el pueblo» o «la Nación»– es fruto de nuestra inveterada tendencia cultural a personificar el mundo, a encantarlo, asignándole atributos que no le

corresponden en absoluto. En términos falangistas, estamos ante un efecto indeseado de nuestra irrenunciable fusión entre la política y la poesía. Para que esta vinculación no se convierta en problemática, debemos asumir la responsabilidad de no llegar a confundir, nunca, la imagen poética con el concepto político que le subyace.

El hombre, la persona, se transforma así en el actor principal y, con mucha probabilidad, único de la historia y de la política. En nada puede sorprender que el sector «auténtico» de la Falange lleve reclamando, desde la década de 1970, este cambio de enfoque. («Arriba el hombre», se asegura haber oído decir alguna vez en el mítico local falangista de Pez 21).

Desde esta nueva perspectiva, será la armonía entre los hombres de España quien traiga consigo la paz y la unidad entre sus tierras y sus clases, por mantener la clásica tripartición joseantoniana. Esta armonía natural depende, no obstante, del hallazgo de una propuesta que los enrole, a todos o a la inmensa mayoría de ellos, en una causa común con absoluta libertad y convicción. Hay quien busca la clave de bóveda en un pasado histórico compartido, en la invocación de una pretendida esencia española o, directamente, en el «porque sí». Pero el falangista, a la mejor manera de Ortega, ha de fijar la mirada en el porvenir. Y su propuesta ha de ser inequívoca. No hay otra vía para promover los sentimientos de unidad y de armonía entre los españoles que la conquista de un tiempo nuevo, signado por el servicio a las personas. En una palabra, transformar España en una idea de futuro. Y no de cualquier futuro, sino del único que merezca la pena ser habitado. Un lugar donde la acción de gobierno quede férreamente comprometida por unos principios inalienables que, también poéticamente, los falangistas decimos «valores eternos»: Libertad, Dignidad e Integridad.

La España falangista constituirá, en definitiva, una comunidad de hombres y mujeres libres, sin otra vocación, expresa u oculta, que la instauración y defensa de la Dignidad y la Justicia en sus formas más radicales. Estos valores no sólo son eternos. También son universales y, a esa universalidad, se fía la unidad y convivencia armónica marcadas como horizonte político aquel pujante 29 de octubre de 1933.

Falta, ya siempre faltará, la mente preclara de José Antonio para concretar en los términos por los que discurriría, hoy, el discurso fundacional de la Comedia. Carecemos, también, de la presencia formidable de aquel hombre en el estrado, para dictarlo con el aplomo de la primera voz poética de la Falange. Pero, con completa honestidad, en octubre de 2015 las trazas de su intervención no habrían de alejarse demasiado de este guión. De otra forma, por elisión del principio elemental de la racionalidad contextual, habríamos malinterpretado dramáticamente el fondo del mensaje para memorizar –durante generaciones– apenas su bellísima factura.

Teatro de la Comedia: reformas para mantener la estructura

Norberto Picó

Este mes de octubre el madrileño Teatro de la Comedia reabría sus puertas tras un largo período de tiempo cerrado por reformas. Una gran noticia para la cultura en la capital, que había visto cerrar en pocos años el Albéniz, el Arenal, el Cómico, el Arniches, el Teatro de Madrid y algunos otros espacios artísticos.

Se recupera así un teatro clásico que albergó los estrenos de autores como Benavente, Galdós, Dicenta, los Álvarez Quintero o Moratín y que ha dado cobijo a las compañías teatrales de María Guerrero, Alberto Closas, Adolfo Marsillach, Conchita Montes o Lola Membrives.

Pero si este teatro es conocido fuera de los límites capitalinos es por haber acogido el 29 de octubre de 1933 al que se tiene por acto fundacional de Falange Española, que pasaría de hecho a la historia como «Acto de La Comedia».

Resulta un ejercicio muy interesante para los no iniciados la relectura del discurso del principal orador de aquella jornada, José Antonio Primo de Rivera, cuando ya han pasado ocho décadas del mismo. Su vigencia –como la de casi todos sus escritos y discursos– es sorprendente, más aún cuando no somos capaces de imaginar al propio José Antonio reivindicando la vigencia de un discurso pronunciado ochenta años antes de aquel 1933.

Vigencia de un discurso que sería fácil circunscribir a los apartados que hoy resultan más cómodos de defender por entenderse dentro de los límites de lo políticamente correcto. Lo rompedor es constatar la vigencia de aquellos otros aspectos de aquel discurso que nos resultan hoy más ásperos por chocar frontalmente con el discurso dominante.

Pero es que viene muy a cuento, por ejemplo, la crítica joseantoniana a la idolatría sufragista de las democracias liberales ahora que, mediante las urnas, se decide incluso



sobre la continuidad o no de la nación o sobre el derecho a la vida de los niños en el vientre de sus madres.

Viene muy a cuento también la crítica del joven abogado al hecho de que los partidos políticos dediquen más tiempo a destruir a sus rivales que a la construcción política en beneficio de la nación y del pueblo. Es lo que hoy llamamos la política del «y tú más».

Incluso viene muy a cuento su apelación a la fuerza como último recurso para imponer la ley, la razón y la justicia. ¿Acaso no es eso lo que muchos españoles le reclamamos a nuestro Gobierno que haga, en defensa de la unidad nacional frente al golpe secesionista? ¿No es eso lo que fija la propia Constitución vigente al hacer al Ejército garante de la unidad nacional? Nadie habla de emular a John Wayne y tomar la justicia por la mano. Pero conviene aclarar lo que un estúpido pacifismo ha emborronado. Que la ausencia de violencia no es la paz. Y que incluso la paz debe imponerse, si no hay otro medio, por la fuerza.

Constatada la vigencia íntegra del Discurso de La Comedia, lo inmediato es preguntarse si lo contenido en el mismo tiene capacidad movilizadora. Si sirve aún para sustentar un movimiento político de regeneración nacional, un patriotismo integrador íntimamente ligado a la búsqueda de la justicia social. ¿Sirve? Yo creo que sí. Como en el Teatro de la Comedia, quizá sean necesarias reformas. Pero la estructura es consistente.

A modo de despedida, por hoy

Emilio Álvarez Frías

Estamos finalizando el mes de octubre. Seguimos en el «Barrio de las Letras» madrileño. Durante unos días hemos permanecido como acampados en el Teatro de la Comedia intentando traer, no el recuerdo nostálgico de un acto celebrado en dicho coliseo sobre Afirmación Nacional, ¡nada más lejos de la realidad!, sino los conceptos y las ideas válidos en el momento actual una vez estrujado el fruto de aquel 29 de octubre y otros días que le sucedieron durante no demasiados meses, pues el Frente Popular, que se incautó de la Segunda República, no permitió una mayor difusión de las ideas madre que el joven José Antonio puso en marcha

como preludio de una aportación más completa y temporizada a su momento vital.

No, no somos nostálgicos, aunque a veces lo parezca. Pensamos en futuro. El pasado es Historia concretada en lo que sucedió. Intentamos construir una nueva Historia. Pero como ya está todo inventado, pretendemos, como el campesino, recorrer el rastrojo buscando la mejor semilla posible para la próxima siembra, para la que tenemos que hacer en éste y otros otoños, con el fin de que fructifique la mies en la próxima y siguientes primaveras.

Como tampoco somos nostálgicos al recordar a Lope, Calderón, Tirso, Cervantes, Moratín, Zorrilla... al andurrear por estas calles, tan añejas aunque actualizadas, tan estrechas que convierten en peatonales. Es la Historia que, según frase repetida hasta la saciedad, debemos conocer para no repetir..., o a veces para comparar y sacar lo mejor como brújula para nuevas andaduras.

Para despedirnos de esta recopilación de ideas que tuvieron su inicio un 29 de octubre, nos hemos sentado en la cervecería Santa Ana, en la plaza del mismo nombre, frente al Teatro Español, en pleno «Barrio de las Letras», y a un tiro de piedra del Teatro de la Comedia.



Como no es lugar para celebrar en seco el fin de nuestro encuentro con el 29 de octubre, pedí una buena jarra de cerveza con la que poder brindar por los amigos que han colaborado con nosotros; al tiempo que demandar, para España toda, que no se deje dominar por los indocumentados que han tomado los centros de poder de Municipios y Comunidades Autónomas; para que, los españoles en general, sin exceptuar ninguno, mediten antes de emitir su voto el próximo día 20 de diciembre; y para que, cuando cada uno rinda cuentas al Señor en su último viaje, pueda decirle: he hecho lo que he podido, y ahí dejo mi parcela encaminada en el conjunto de nuestra Patria.

Pero como la Historia no se para, continúa con cada amanecida, va prolongándose con el discurrir de cada día, invitamos a nuestros amigos lectores a que no dejen de actualizar su pensamiento, su ideario, y nos envíen sus conclusiones para publicar en la Gaceta. En unas ocasiones acertaremos en las recetas que extendamos, en otras los analgésicos estarán caducados, en algunas veremos lo difícil de ser digeridas, pero todas, sin duda, estarán emitidas con ánimo de mejorar al paciente, España, con el deseo de que la sangre se purifique para el bien de todo el cuerpo social, los españoles.

Así sea.